

Alonso de Freylas. *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, ed. crítica de Felice Gambin, Palma: José J. de Olañeta Editor, Colección Centellas, 2023. 197 pp. ISBN 978-84-7651-051-3.

Reviewed by Antonio Candeloro
UCAM – Universidad Católica de Murcia

Alonso de Freylas
**Si los melancólicos
pueden saber lo que está por venir
con la fuerza de su ingenio
o soñando**



¿Qué es la melancolía? ¿A partir de qué síntomas se puede detectar? ¿Qué rasgos peculiares presentan las personas melancólicas? ¿Cómo influye el carácter y lo que desde Hipócrates y Galeno se concibe como “teoría humoral” (o “de los humores”) en el tipo de sueños que nos visitan en el plano onírico? ¿Es cierto que hay sueños que nos permiten predecir el futuro o prever acciones todavía no ocurridas en el plano empírico?

Estas son algunas de las cuestiones sobre las que el lector contemporáneo se verá empujado a reflexionar tras la lectura del discurso del médico y escritor jienense Alonso de Freylas. Es el autor de un tratado sobre la peste titulado *Conocimiento, curación y preservación de la peste*, aparecido en 1606, y en el que se incluye el discurso *Si los melancólicos pueden saber lo que está por venir con la fuerza de su ingenio o soñando*, al que el catedrático de Literatura Española en la Universidad de Verona Felice Gambin dedica esta edición crítica y anotada que, entre otros méritos, tiene el de acercarnos a uno de los núcleos centrales de sus investigaciones literarias (pensemos en su ya clásico *Azabache. El debate sobre la melancolía en la España de los Siglos de Oro*, con presentación de Aurora Egido y prólogo de Giulia Poggi, publicado en 2008 para Biblioteca Nueva). El discurso de Freylas le permite a Gambin reunir algunas de las cuestiones “candentes” sobre la melancolía en el Siglo de Oro español y, al mismo tiempo, ensanchar la perspectiva sobre esta enfermedad que atañe tanto al alma cuanto a la fisiología del cuerpo según la teoría de los humores que, desde la Edad Media, llega a tener aceptación hasta bien entrado el siglo XIX. En este sentido, la erudita y amena introducción crítica de Gambin es un verdadero ejercicio de razonamiento sintético y

análisis pormenorizado de la *enfermedad* de la melancolía desde Platón y Aristóteles hasta Marsilio Ficino, Juan de Horozco y Covarrubias (hermano del autor del famoso *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de 1611) y el archiconocido y citado Juan de Huarte de San Juan, autor de aquel *Examen de Ingenios para las ciencias* (1575) que tuvo presente, entre otros, el mismo Cervantes a la hora de “describir” la locura de su caballero andante, pasando también por el *De Divinatione* de Cicerón y los tratados médicos del veronés Gerolamo Fracastoro.

Así pues, la investigación se desarrolla armónicamente entre los enigmas del sueño y los trastornos físico-anímicos a los que da lugar la enfermedad, tal y como queda patente en el título que Gambin elige para su introducción: “Melancolía y adivinación: soñar entre ‘amplios espíritus áureos y bellos’”. ¿Pero qué es la melancolía para un médico y escritor como Alonso de Freylas? Evidentemente, no se trata de un tema exclusivamente hispánico o relativo a España. Como nos recuerda acertadamente Hugh Aldersey-Williams estudiando la etimología del término en relación con otro médico y escritor, el sublime Sir Thomas Browne, muy admirado por Jorge Luis Borges y Javier Marías, en el siglo XVII la melancolía “era un mal, causado supuestamente, como muchos otros, por un desequilibrio en los humores (específicamente, un exceso de bilis negra), y a la vez una forma de comportamiento”. La enfermedad presentaba diversas gradaciones, según la gravedad de sus síntomas: “Poco a poco, la adaptación vernácula del término, *malenconía*, se aplicaba más a alguno de los casos más graves de depresión, incluidos aquellos estados caracterizados por alucinaciones y el comportamiento violento; mientras que la forma de la raíz más claramente latina, *melancolía*, se usaba para casos de tristeza más llevaderos [...]” (Hugh Aldersey-Williams, *Las aventuras de Sir Thomas Browne en el siglo XXI*, Madrid, Siruela, 2017, ambas citas en la p. 268).

Es algo que sabía muy bien Alonso de Freylas, tal y como nos recuerda Gambin citando el tratado *Conocimiento, curación y preservación de la peste*: “Existen, en efecto, melancólicos de naturaleza fría y seca, pusilánimes, tímidos, amantes de la soledad, con los ojos siempre mirando al suelo, que se apartan del consorcio humano y de cualquier forma de trato social” (id., pp. 35-36). Serían los melancólicos que sufren el influjo negativo de Saturno y que, por ende, adquieren la postura típica de “la mano en la mejilla y el codo en la rodilla” que aparece en tantos ejemplos iconográficos de la enfermedad, a partir del grabado *Melancolia I* (1513-1514) de Alberto Durero, hasta llegar a las écfrasis múltiples que el mismo Gambin rastrea en su magistral artículo “Un mar de tinta: el bufete de Cervantes y la mano en la mejilla de los escritores de los Siglos de Oro” (*Artifara*, 17, 2017, pp. 200-229). Sin embargo, también existen los melancólicos “prudentes, sagaces, de gran ingenio, excelentes en las artes y admirables en la administración de justicia” (id., p. 43). Se trata, entonces, de la melancolía “positiva” por “productiva”, la que padecen los artistas y los poetas, o sea, los que utilizan el “ingenio” que, en su acepción técnico-filosófica, indica la “capacidad de entender con rapidez [...] descubriendo con lucidez las relaciones entre los objetos” (id., p. 43).

Freylas indaga en esta bifurcación o disyuntiva tipológica entre temperamentos saturninos, por un lado, y creativos, por el otro, para intentar contestar a la pregunta fundamental de si es verdad que los melancólicos pueden adelantar el futuro o tener sueños que permitan adivinar lo que ocurrirá. Al respecto, Freylas es fiel y contundente defensor de la sabiduría divina: solo Dios puede permitirle al ser humano tener alucinaciones o soñar (con) la verdad. De aquí su primer aviso importante: “Y así de camino se avisa a la gente recogida, melancólica, de profunda imaginación y muchas vigiliass y ayunos, no den crédito con facilidad a sus melancólicas visiones, revelaciones, raptos, sino que al punto se humillen conociendo su miseria y bajeza, y consulten confesor sabio, prudente y devoto [...]” (id. pp. 153-154). Es evidente cómo, en este párrafo,

Freyllas hace una alusión implícita al Platón del *Timeo*, confirmando la importancia que tuvo ese diálogo desde la Edad Media hasta el siglo XVII, siendo el único que se tradujo al latín gracias a la obra de traducción e interpretación de Calcidio a finales del siglo IV (Piero Boitani reconstruye la influencia de este diálogo en la literatura occidental en su asombroso *Timeo in Paradiso. Metafore e bellezza da Platone a Dante*, Roma, Donzelli, 2023): “No es tarea del que cae en trance o aún está en él juzgar lo que se le apareció o lo que él mismo dijo, sino que es correcto el antiguo dicho que afirma que sólo es propio del prudente hacer y conocer lo suyo y a sí mismo. Por ello, ciertamente, la costumbre colocó por encima de las adivinas inspiradas al gremio de los intérpretes, como jueces” (Platón, *Timeo*, en *Diálogos. Vol. VI*, ed. de M.^a Ángeles Durán y Francisco Lisi, Madrid, Gredos, 1992, p. 233).

Si ya desde Platón hay que confiar en los intérpretes aptos para decodificar correctamente visiones, alucinaciones y apariciones variadas, Alonso de Freyllas retoma esa creencia para ayudar al lector a saber distinguir entre “las falsas profecías de las verdaderas, las divinas de las demoníacas”, viéndose la España de su época “afectada por muchas figuras de místicos y de santos, pero también por una variopinta cohorte de visionarios, pseudoprofetos y adivinos que llenan las calles, las cortes y los conventos” (id., pp. 64-65). Esa necesidad se une al otro objetivo pragmático del médico escritor: desmentir las supersticiones de aquellos que creen que los que padecen melancolía “pueden hablar diferentes lenguas que no saben, como latín, griego o hebreo” (id., p. 156), siendo esto más fruto del demonio que de Dios. Asimismo, Freyllas reproduce con su propio estilo las creencias ligadas a la teoría humoral, llegando a confirmar lo que en el siglo XX afirmará Roland Barthes en “¿Qué es la escritura?": el estilo es “un fenómeno de orden germinativo, la transmutación de un Humor” (en *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 18). Es lo que podemos comprobar en este fragmento, tan indicativo del gusto áureo por la *enumeratio*: “[...] tienen tanta fuerza los sueños para el conocimiento de muchas enfermedades y sus causas, como se verifica en el que tiene abundancia de cólera que sueña guerras, iras y pependencias; y el que de simiente cosas lascivas; y el que de sangre resplandores y colores de ella; y el que tiene sed que está bebiendo; y el que melancolía visita con los sueños los muertos y sepulcros y que le toma el toro y cosas negras y tristes; y el que tiene abundancia de flema anda nadando por los mares y ríos, y el apasionado de ventosidades se despeña por el aire de torres y lugares altos, y no acaba de caer porque se halla en su cama. Y juntándose a esta natural disposición de humores, conjeturas que nazcan de causas naturales, se podrá decir por ellos algo de lo por venir en causa natural” (id., pp. 163-164).

No será casualidad, entonces, si el tratado empieza con unas citas del *De Divinatione* de Cicerón y se cierra con algunas referencias al *De adivinatione per somnum* de Aristóteles: entre una y otra *auctoritas* del pasado, Alonso de Freyllas va dibujando su mapa personal y su sintomatología alrededor de la melancolía, de las adivinaciones y de los sueños, demostrándonos cómo la literatura misma surge a partir de lo que soñamos y de las imágenes que nos lega el mundo onírico, ese mundo en el que, como bien nos explicará Sigmund Freud más tarde, el “yo” no es dueño ni en su propia casa. Felice Gambin, a través de esta edición del tratado de Alonso de Freyllas, nos permite acercarnos a los miedos, las inquietudes, las ilusiones y las creencias de los eruditos e intelectuales de la España del Siglo de Oro. Al mismo tiempo, nos brinda la oportunidad de apreciar el carácter “alusivo” y “elusivo” de las argumentaciones a veces fascinantes del médico y escritor jienense, siendo la ambivalencia uno de sus rasgos más peculiares.